

visitan á estos solitarios, su ejemplo los anima á sufrir su indigencia con sumisión y paciencia, y si son ricos y personas de consideración, aprenden con su ejemplo á ser más moderados y prudentes en el uso de sus bienes, y vuelven á sus casas mejores que eran. De esta manera, estos objetos de piedad inspiran moderación á unos, y paciencia á otros.

Añadamos otra diferencia entre los que aman los espectáculos y otras diversiones mundanas, y los que van al desierto con el objeto de edificarse con las virtudes de sus habitantes. Los placeres de los primeros sólo duran el tiempo que tienen ante sus ojos las representaciones teatrales, y cuando éstas han concluido, no estando ya presentes los objetos que les encantaban, no les queda más que la pena que produce su ausencia, pena que es mucho mayor que el placer que experimentaban mientras que los veían. Por el contrario, la satisfacción que produce el haber visto estos maravillosos espectáculos de penitencia y santidad hace una impresión tan grande en el alma, que encuentra siempre un nuevo placer en pensar en la moderación de estos santos personajes, en ocuparse en el recuerdo de sus soledades, en la dulzura de su conversación, en la pureza de sus costumbres, en sus cánticos tan dulces como melodiosos. Propio es de las satisfacciones corporales y sensibles no dejar más que amargura cuando desaparecen, porque todo lo que se halla sostenido por un fundamento corruptible desaparece tan luego como falta este fundamento; mientras que las satisfacciones del espíritu, por lo mismo que son independientes del cuerpo, son más constantes y fuertes: porque lo que se apoya sobre un bien incorruptible y espiritual no puede perecer, por lo mismo que no depende de los sentidos, ni de cosa alguna sujeta al tiempo y á la mudanza.

Ved aquí porque estas venturosas soledades son los asi-

los y como el puerto en que reina la calma, en que se encuentra la abundancia, y en que se experimenta la dulzura. Los que tienen la felicidad de retirarse á ellas se alejan al mismo tiempo de una multitud de cosas, que, cual borrascosa tempestad, atormentan á infirmitad de personas en el mundo.

Pero no es sólo cuando cantan las alabanzas del Señor, cuando constituyen estos solitarios un espectáculo agradable y digno de admiración, sino también cuando se aplican al estudio de los Libros santos; pues tan luego como se separan del coro, el uno toma á Isaías, el otro medita las epístolas de san Pablo, procurando todos penetrarse de las santas verdades que contienen. Raciocinan, reflexionan y contemplan las grandezas de Dios, las obras de su poder y de su bondad, las cosas intelectuales lo mismo que las sensibles, de todo lo cual deducen el poco caso que debe hacerse de las cosas presentes, y la inconcebible magnificencia de los bienes eternos.

En este estudio alimentan deliciosamente sus almas con la misma palabra y las verdades de Dios, y encuentran una dulzura incomparable y mayor que todas las delicias de la tierra, y que la miel más pura y esquisita.

No son las abejas las que han recogido esta miel sacándola de las flores y depositándola en las hendiduras de las rocas, sino la gracia de Dios que la ha depositado en los corazones de estos hombres santos, para que vayan sacándola á medida que la necesiten. ¿Queréis saber cual es la mesa, y cuales los festines de estos venturosos solitarios? Id á sus desiertos, y de la santidad de sus conversaciones deducireis el alimento con que se sustentan. Jamás sale de su boca una sola palabra contraria á la modestia, ni chanzonetas, ni cosa alguna que pugne con la humildad y la virtud. Todo lo que hablan es digno del cielo. Mientras que la mayor parte de los que se hallan enredados en el comercio del



mundo, y embriagados con el néctar de las pasiones, se asemejan á los arroyos, cuyas aguas arrastran lodo é inmundicia : sus lenguas, según la frase de la Escritura, vomitan el veneno del aspid, y su boca es un sepulcro que exhala constantemente la fétidez de la podredumbre ; las bocas, por el contrario, de estos santos anacoretas son como panal de riquísima miel, ó arroyo de purísima agua.

Ved aquí las ventajas que tienen los solitarios, aún en esta vida, sobre las gentes del mundo. Pero cuando Dios los llame de la tierra para introducirles en el cielo, ¿ qué palabras serán apropiadas para expresar el gozo angélico, la inefable felicidad y los bienes inexplicables de que gozarán?

La experiencia que tenia san Juan Crisóstomo de las dulzuras de la vida solitaria, y los grandes ejemplos de virtud que habia visto en los habitantes del desierto, le hacian referirse á ellos en muchos de sus homilías, por que deseaba ardientemente que se aumentase su número. Explicando la parábola del rey que celebró con un banquete las bodas de su hijo, dice á sus oyentes : » Nada absolutamente os cuidais de la salvacion de vuestra alma : no trabajais por librarla de las pasiones que la hacen odiosa á los ojos de Dios, y en lugar de adornarla de virtudes, olvidais que habeis sido llamados á las bodas. Pero ¿ cuales son estas? son las del mismo Dios. Sí, él quiere desposarse con vuestras almas, y no considerais que estais obligados á prepararlas, para hacerlas dignas de la cualidad divina y maravillosa de esposas suyas. El oro, las piedras preciosas y las ricas vestiduras con que se preparan las mujeres en el día de sus desposorios, no son más que débiles imágenes de las magníficas gracias y esplendentes virtudes con que deben estar adornadas nuestras almas para unirse y desposarse con Jesucristo. Necesario es que

lleven este vestido nupcial de que habla el Maestro celestiad en esta parábola. »

¿ Quereis saber quienes son aquellos cuyas almas están preparadas con la vestidura nupcial de que habla Jesucristo? Dirigid vuestros ojos hacia esos solitarios : no podreis dudar, que estos hombres, que veis cubiertos de hábitos tan pobres como groseros, son los que principalmente se hallan vestidos con el ropaje precioso que debe llevarse á las bodas á que nos invita Jesucristo : pues se hallan tan elevados sobre la ambición y sobre todas las demás debilidades humanas, que, aun cuando se les ofreciese la púrpura de los reyes, no la cambiarían por los hábitos de penitencia que los cubren. Conocen toda la grandeza y excelencia de su condición, así es que tienen en poca estima todas las posiciones sociales, por elevadas que sean. El saco y el silicio de que se hallan cubiertos les enseña á despreciar todas las grandezas pasajeras, y este desprecio les eleva á una gloria infinitamente más grande, más brillante y más estimable que todas las coronas de la tierra. Bastaria para convenceros descubrir los secretos de sus almas y las gracias de que se hallan enriquecidas. Quedariais tan sorprendidos, que, ofuscados por el brillo de sus virtudes y por los esplendores de su pureza, no podriais ménos de prosternaros en su presencia.

No necesito hablaros de los grandes siervos de Dios que en los tiempos pasados han edificado al mundo con el heroismo de su santidad. Tambien los hay hoy. Subid á las grutas y á las celdas de esos santos anacoretas de que os he hablado. En estos lugares, de que tan alejadas se hallan las penas que la concupiscencia hace experimentar á los hombres, es en donde puede decirse con toda verdad que se vive la vida del cielo. Allí se hallan como en un campo, en que incesantemente hacen guerra á los demonios ; pero se ejercitan en esta guerra con más gozo y



entusiasmo que encuentran las gentes del mundo en los bailes, comedias y otras diversiones.

Por esta razón viven en chozas, porque los que se ejercitan en la virtud deben contentarse con un alojamiento hecho en poco tiempo y con poco gasto. Así es que, cuando tienen que abandonarlo, lo hacen con la misma facilidad con que deja sus tiendas la gente de guerra, para ir á descansar de sus trabajos y fatigas.

¡ Ah! el espectáculo que ofrecen estos desiertos llenos de cabañas de solitarios es mucho más magnífico que el de un ejército en el campo de batalla con sus soldados, ocupados unos en levantar tiendas, en hacer trincheras, mientras que otros forman en orden de batalla reflejándose en sus armas y en sus cascos los rayos del astro del día. No, en el desierto no se levantan vistosas tiendas; ni brilla el hierro de las lanzas y de las picas, ni se ven trajes preciosos enriquecidos de oro; pero se contempla un espectáculo mucho más agradable. El campo de los soldados de Jesucristo es mucho más digno de admiración, que si en una llanura inmensa apareciese una infinidad de globos tan luminosos como el que nos ilumina.

En efecto, si miramos las cosas tales como son, no podremos ménos de considerar como un cielo cada una de las celdas de estos solitarios: pues que no sólo están con ellos los ángeles del cielo, sino que el mismo Señor de los ángeles se halla allí presente como en un trono de gloria. Y ciertamente, si los ángeles visitaron al patriarca Abraham en premio de la caridad generosa con que ejercía la hospitalidad, ¿ cuánto más deben complacerse en vivir y comunicar con estos santos anacoretas? ¿ con cuanta satisfacción no deben unírseles en sus santos ejercicios, que son tan proporcionados á los que ellos practican en el cielo?

¿ Y qué os diré de su sustento? En su mesa nada hay

superfluo ni delicado: todo es frugal, todo santo. En ella se encuentra más bien el alimento espiritual que suministra la filosofía cristiana, que el que sacia el cuerpo. No se ven en ella las carnes y salsas tan propias para excitar el apetito, como para producir indigestiones. No se perciben los olores confortantes que exhalan las buenas cocinas, ni arden los hogares en que se preparan los festines, ni se percibe el tumulto y el bullir incesante de las casas en que habitan muchas personas. En el reposo de su soledad beben el agua que ellos mismos traen de la fuente, y comen el pan que ganan con su trabajo. Éste es su alimento ordinario; pero si alguna vez se permiten una comida, que llaman suntuosa, comen algunos frutos de los árboles que crecen en el desierto, y los comen con más placer que si se les ofreciesen las viandas más esquisitas.

El reposo de que gozan no se halla turbado por ninguna clase de temor. No se les acusa, ni son sospechosos de conspiraciones contra el estado; ni se ven agriados por el mal humor de una mujer, ni inquietados por el cuidado y la educación de los hijos: ni se entregan á los necios placeres que enervan la fuerza del alma y la disipan. No se ven rodeados de molestos aduladores que llenan de vanidad á los que los escuchan. Así es que, como los ángeles en el cielo, no tienen cosa alguna que los turbe, y se hallan constantemente consagrados á Dios.

No tienen otro lecho que la yerba sobre la cual descansan. Algunos pasan la noche sin ninguna clase de abrigo. La claridad de la luna les sirve de lámpara, y se diría que Dios hace que esta claridad de la noche sea más brillante para ellos que para los demás hombres. ¡ Que motivo tan justo de gozo para los ángeles! Si ellos se regocijan tanto con la conversión de un pecador, ¿ cuánto no lo harán á vista de una vida tan santa y penitente?

No se vé entre ellos, como entre las gentes del mundo,



esa desigualdad que hace que unos sean amos y otros criados ; sino que todos son siervos y al mismo tiempo libres. No mireis esto como un enigma difícil de adivinar : son todos al mismo tiempos siervos y señores unos de otros, pues la caridad establece entre ellos esta diferencia y esta autoridad recíproca. Cuando llega la tarde, no se nota en ellos la tristeza que producen los negocios y dificultades que se han presentado durante el día á las personas del mundo. No temen que vengan á sorprenderles los ladrones, pues que nada poseen sobre la tierra. Se hallan exentos de todo temor y alarma, de que el fuego pueda dejarles sin casa, pues no tienen otra luz ni otro calor que los que el sol les proporciona.

Todo lo que puede suscitar disputas y contiendas se halla prohibido en sus conversaciones. No se les oye hablar de noticias del siglo, ni de la prosperidad de éste, ni de la desgracia de aquel, ni de la muerte del otro, ni de la rica sucesión que ha dejado á su heredero ; pues no hablan más que de Dios y de las cosas celestiales, como si habitasen otro mundo distinto de éste, ó les hubiese llevado Dios anticipadamente al cielo.

De la misma manera que á nosotros nos importa muy poco lo que hacen las hormigas en sus hormigueros, á ellos le importa ménos aún lo que hacemos nosotros en el mundo. Pero aún es ménos exacta la comparación entre ellos y nosotros, que entre los hombres y las hormigas : pues si bién es verdad que nos parecemos á estos insectos en que trabajamos para la vida presente ; pero también lo es, y esto debe llenarnos de confusión, que somos ménos dignos de alabanza que estos animales, los cuales trabajan sólo para buscar su sustento ; mientras que nosotros pasamos la vida en toda clase de concupiscencias y crímenes. Así es que en lugar de imitarles en su laboriosidad, asemejamos en la injusticia, en el furor y en la crueldad á los lobos y leopardos.

Si algún personaje de elevada posición ó constituido en una dignidad eminente vá á visitar los desiertos, encuentra la condeuacion del fausto mundano en la pobreza y humildad de los solitarios : de modo que la sola consideracion de su vida mortificada basta para confundir el orgullo de los soberbios, y es un poderoso correctivo aún para los que parecen más incorregibles.

Confinados en su soledad, no piensan en atraerse la benevolencia de los grandes, sino en cultivar sus desiertos. Han olvidado los usos y ceremonias del mundo, y cuando los que ocupan los más distinguidos puestos se toman el trabajo de ir á visitarlos, no les presentan otro asiento que el musgo y la yerba que á ellos le sirven de silla y de cama : de modo que con esta conducta tan humilde como exenta de respetos humanos, estos hombres cortesanos y potentados se asemejan en cierto modo á ellos durante el tiempo de su visita, al mismo tiempo que aprenden de la noble y heróica sencillez de estos siervos de Dios, á corregir algún tanto sus desórdenes y loca vanidad, y á ser más modestos y morigerados.

Los solitarios miran con el mayor desprecio las grandezas humanas : el mismo caso que hacemos nosotros de los juegos de niños, hacen ellos de la elevación de los hombres vanos y ambiciosos, y este sentimiento se halla tan profundamente grabado en sus corazones, que rehusarian el trono más poderoso, aunque estuviesen seguros de un reinado próspero y feliz. Esta disposición procede de que se proponen una cosa más grande y elevada que todos los reinos del mundo, y por consiguiente, son para ellos tan frágiles y perecederas las cosas de la tierra, que no son dignas de su amor.

¿Porqué, pues, no nos dejamos arrastrar por el ejemplo de estos siervos de Dios ? ¿ porqué no nos unimos todos á estos ángeles de la tierra para participar de la paz de sus cora-



zones? ¿porqué no todos nos apresuramos, como ellos, á vestir el traje nupcial, que es necesario, según el mismo Jesucristo, para participar de su festín? ¿porqué nuestras almas, llamadas á desposarse con Jesucristo, rey eterno de la gloria, permanecen en un estado tan pobre y miserable? Si meditamos esta verdad, y la contemplamos á través de las luces de la fé, veremos que más destituida se halla el alma de las riquezas espirituales, que los más indigentes lo están de los bienes terrenos; Ah! ¿cuán cierto es que los que viven en el lujo y en la opulencia son más desgraciados que los que mendigan el pan! La pobreza en sí misma es inocente; pero los que son ricos con riquezas mal adquiridas son criminales ante Dios y ante los hombres.

Instruidos de la vanidad de las cosas terrenas con el ejemplo de los santos solitarios, alejemos nuestro corazón de toda codicia. No pongamos nuestra esperanza en los placeres y en los bienes de la tierra, sino únicamente en los del cielo. No deseemos ser ricos más que de estos bienes celestiales. Amemos el reino de Dios con todo el amor de que sean capaces nuestros corazones, y de esta manera tendremos la dicha de poseerlo.

---

### TEODORO <sup>1</sup>

Cuando san Juan Crisóstomo se puso bajo la dirección de Diodoro, como hemos dicho en otro lugar, atrajo á sus

<sup>1</sup> S. Juan Crisóstomo, Zozomeno, Bulteau.

condiscípulos Teodoro y Máximo, con los cuales habia estudiado bajo la dirección de Libanio, y que más tarde fueron obispos, el primero de Mopsueste, en Cilicia, y el segundo de Seleucia, en la Isuria. <sup>1</sup> Nada de particular tenemos que decir de este segundo, pero sí del primero con motivo de dos cartas que le escribió el Santo. Era de una familia noble y rica, y á estas ventajas unia prendas personales que podian hacerle brillar en el mundo: pues tenia una inteligencia viva y clara, escribia y hablaba con elocuencia, y poseia las letras humanas así como la historia; pero persuadido por san Juan Crisóstomo y movido por su ejemplo, se puso bajo la dirección de Diodoro que, según se cree, tenia un monasterio en un barrio de Antioquía, en donde profesó la vida religiosa.

No fué constante su resolución: pues algún tiempo después sucumbió á la tentación, y volvió á la casa de su padre con propósito de contraer matrimonio. Como el pajarillo escapado de su jaula se esfuerza por gozar más ampliamente de su libertad, así Teodoro, una vez salido de su retiro, se entregó á la disipación y al desarreglo de las costumbres, lo cual llenó de tristeza á sus compañeros, principalmente á san Juan Crisóstomo, que le escribió varias veces para atraerle al camino de la virtud. De creer es que le diera á entender Teodoro en una de sus contestaciones que miraba como imposible su vuelta, cuando el Santo le exhorta á que no se desanime. Por fin consiguió moverle: Teodoro confesó su falta, y volvió á su primera profesión. El resto de su vida pertenece á la historia eclesiastica: fué elevado á la silla de Mopsueste, y escribió contra Ario, Eunomio y Apolinar; pero dió en el extremo opuesto cayendo en los errores de Pelagio, y siendo el autor y padre de la impiedad nestoriana.

<sup>1</sup> Antigua comarca del Asia Menor en las montañas del Tauro.